

en esta el Conde, que hospede  
á unos señores.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Bien puede,  
pues tiene esta casa franca.

BRAS. De cuatro rayos con crines,  
generación española,  
de unos cometas con cola,  
ó aves, ó al fin rocines,  
que andan bien y vuelan mal,  
cuatro bizarros señores  
que parecen cazadores  
se apean en el portal.

DON GARCÍA. No te des por entendida  
de que sabemos que vienen.

TERESA. ¡Qué lindos talles que tienen!

BRAS. Pardiez que es gente llocida.

Salen EL REY *sin banda* y DON MENDO *con banda y dos*  
CAZADORES.

REY. Guárdeos Dios, los labradores.

DON GARCÍA. (*Aparte.* Ya veo al de la divisa.)  
Caballeros de alta guisa,  
Dios os dé bienes y honores.  
¿Qué mandáis?

DON MENDO. ¿Quién es aquí  
García del Castañar?

DON GARCÍA. Yo soy á vuestro mandar.

DON MENDO. Galán sois.

DON GARCÍA. Dios me hizo así.

BRAS. Mayoral de sus porqueros  
só, y porque mucho valgo,  
miren si los mando en algo  
en mi oficio, caballeros,  
que lo haré de mala gana  
como verán por la obra.

DON GARCÍA. Quita, bestia.

BRAS. El bestia sobra.

REY. ¡Qué simplicidad tan sana!  
Guárdeos Dios.

DON GARCÍA. Vuestra persona,  
aunque vuestro nombre ignoro,

me aficiona.

BRAS. Es como un oro;  
á mí también me inficiona.

DON MENDO. Llegamos al Castañar  
volando un cuervo, supimos  
de vuestra casa, y venimos  
á verla y á descansar  
un rato, mientras que pasa  
el sol de aqueste horizonte.

DON GARCÍA. Para labrador de un monte,  
grande juzgaréis mi casa;  
y aunque un albergue pequeño  
para tal gente será,  
sus defectos suplirá  
la voluntad de su dueño.

DON MENDO. ¿Nos conocéis?

DON GARCÍA. No, en verdad,  
que nunca de aquí salimos.

DON MENDO. En la cámara servimos  
los cuatro á su Majestad  
para serviros. García,  
¿quién es esta labradora?

DON GARCÍA. Mi mujer.

DON MENDO. Gocéis, señora,  
tan honrada compañía  
mil años, y el cielo os dé  
más hijos que vuestras manos  
arrojan al campo granos.

D.<sup>a</sup> BLANCA. No serán pocos á fe.

DON MENDO. ¿Cómo es vuestro nombre?

D.<sup>a</sup> BLANCA. Blanca.

DON MENDO. Con vuestra beldad conviene.

D.<sup>a</sup> BLANCA. No puede serlo quien tiene  
la cara á los aires franca.

REY. Yo también, Blanca, deseo,  
que viváis siglos prolijos  
los dos, y de vuestros hijos  
veáis más nietos que veo  
árboles en vuestra sierra,  
siendo á vuestra sucesión



- breve para habitación  
cuanto descubre esa sierra.
- BRAS. No digan más desatinos;  
qué poco en hablar reparan;  
si todo el campo pobraran,  
¿ dónde han de estar mis cochinos?
- DON GARCÍA. Rústico entretenimiento  
será para vos mi gente;  
pues la ocasión lo consiente,  
recibid sin cumplimiento  
algún regalo en mi casa.  
Tú disponlo, Blanca mía.
- DON MENDO. *(Ap. Llámala fuego, García,  
pues el corazón me abrasa.)*
- REY. Tan hidalga voluntad  
es admitirla nobleza.
- DON GARCÍA. Con esta misma llaneza  
sirviera á su Majestad:  
que aunque no le he visto, intento  
servirle con afición.
- REY. ¿ Para no verle, hay razón?
- DON GARCÍA. Oh, Señor, ese es gran cuento;  
dejadle para otro día.—  
Tú, Blanca, Bras y Teresa,  
id á prevenir la mesa  
con alguna niñería. *(Vanse los tres.)*
- REY. Pues yo sé que el rey Alfonso  
tiene noticias de vos.
- DON MENDO. Testigo somos los dos.
- DON GARCÍA. ¿ El Rey de un villano intonso?
- REY. Y tanto el servicio admira  
que hicisteis á su corona  
ofreciendo ir en persona  
á la guerra de Algecira,  
que si la Corte seguís,  
os ha de dar á su lado  
el lugar más envidiado  
de palacio.
- DON GARCÍA. ¿ Qué decís?  
Más precio entre aquellos cerros

salir á la primer luz  
prevenido el arcabuz,  
y que levanten mis perros  
una banda de perdices,  
y codicioso en la empresa  
seguirlas por la dehesa  
con esperanzas felices  
de verlas caer al suelo,  
y cuando son á los ojos  
pardas nubes con piés rojos,  
batir sus alas al vuelo,  
y derribar esparcidas  
tres ó cuatro, y anhelando  
mirar mis perros, buscando  
las que cayeron heridas,  
con mi voz que los provoca;  
y traer las que palpitan  
á mis manos, que las quitan  
con su gusto de su boca,  
levantarlas, ver por donde  
entró entre la pluma el plomo,  
volverme á mi casa como  
suele de la guerra el Conde  
á Toledo, vencedor;  
pelarlas dentro en mi casa,  
perdigarlas en la brasa,  
y puestas al asador  
con seis dedos de un pernil,  
que á cuatro vueltas ó tres  
pastilla de lumbre es  
y canela del Brasil;  
y entregársele á Teresa  
que con vinagre y aceite  
y pimienta, sin afeite  
las pone en mi limpia mesa,  
donde en servicio de Dios,  
una yo y otra mi esposa  
nos comemos, que no hay cosa  
como á dos perdices, dos;  
y levantando una presa



dársela á Teresa, más  
 porque tenga envidia Bras  
 que por dársela á Teresa;  
 y arrojar á mis sabuesos  
 el esqueleto roído,  
 y oír por tono el crugido  
 de los dientes y los huesos;  
 y en el cristal transparente  
 brindar, y con mano franca  
 hacer la razón mi Blanca  
 con el cristal de una fuente;  
 levantar la mesa dando  
 gracias á quien nos envía  
 el sustento cada día  
 varias cosas platicando;  
 que aquesto es el Castañar,  
 que en más estimo, señor,  
 que cuanta hacienda y honor  
 los reyes me puedan dar.

REY.

¿Pues cómo al Rey ofrecéis  
 ir en persona á la guerra  
 si amáis tanto vuestra tierra?

DON GARCÍA.

Perdonad, no lo entendéis.  
 El Rey es, de un hombre honrado,  
 en necesidad sabida,  
 de la hacienda y de la vida  
 acreedor privilegiado.  
 Agora con pecho ardiente  
 se parte al Andalucía  
 para extirpar la herejía  
 sin dineros y sin gente;  
 así le envié á ofrecer  
 mi vida, sin ambición,  
 por cumplir mi obligación  
 y porque me ha menester;  
 que, como hacienda debida,  
 al Rey le ofrecí de nuevo  
 esta vida que le debo  
 sin esperar que la pida.

REY.

Pues concluída la guerra,

¿no os quedaréis en palacio?

DON GARCÍA. Vívase aquí más de espacio,  
 es más segura esta tierra.

REY. Posible es que os ofrezca  
 el Rey lugar soberano.

DON GARCÍA. ¿Y es bien que le dé á un villano  
 el lugar que otro merezca?

REY. Elegir el Rey amigo  
 es distributiva ley.

Bien puede.

DON GARCÍA. Aunque pueda el Rey  
 no lo acabará conmigo;  
 que es peligrosa amistad  
 y sé que no me conviene,  
 que á quien ama, es el que tiene  
 más poca seguridad;  
 que por acá siempre he oído  
 que vive más arriesgado  
 el hombre del rey amado  
 que quien es aborrecido;  
 porque el uno se confía  
 y el otro se guarda dél:  
 tuve yo un padre muy fiel  
 que muchas veces decía,  
 dándome buenos consejos,  
 que tenía certidumbre  
 que era el rey como la lumbre  
 que calentaba de lejos  
 y desde cerca quemaba.

REY. También dicen más de dos  
 que suele hacer como Dios,  
 del lodo que se pisaba,  
 un hombre ilustrado, á quien  
 le venere el más bizarro.

DON GARCÍA. Muchos le han hecho de barro,  
 y le han deshecho también.

REY. Sería el hombre imperfecto.

DON GARCÍA. Sea imperfecto ó no sea  
 el Rey á quien no desea,  
 ¿qué puede darle, en efecto?



REY. Daráos premios.  
 DON GARCÍA. Y castigos.  
 REY. Daráos gobierno.  
 DON GARCÍA. Y cuidados.  
 REY. Daráos bienes.  
 DON GARCÍA. Envidiados.  
 REY. Daráos favor.  
 DON GARCÍA. Y enemigos.  
 Y no os tenéis que cansar  
 que yo sé no me conviene,  
 ni daré por cuanto tiene  
 un dedo del Castañar.  
 Esto sin que un punto ofenda  
 á sus reales resplandores;  
 mas lo que importa, señores,  
 es prevenir la merienda.  
 REY. Poco el Conde le encarece;  
 más es de lo que pensaba.  
 DON MENDO. La casa es bella.  
 REY. Extremada.  
 ¿Cuál lo mejor os parece?  
 DON MENDO. Si ha de decir la fe mía  
 la verdad á vuestra Alteza,  
 me parece la belleza  
 de la mujer de García.  
 REY. Es hermosa.  
 DON MENDO. Es celestial;  
 es ángel de nieve pura.  
 REY. ¿Ese es amor?  
 DON MENDO. La hermosura  
 ¿á quién le parece mal?  
 REY. Cubríos, Mendo, ¿qué hacéis?  
 que quiero en la soledad  
 deponer la majestad.  
 DON MENDO. Mucho, Alfonso, recogéis  
 vuestros rayos, satisfecho  
 que sois por fe venerado,  
 tanto, que os habéis quitado  
 la roja banda del pecho  
 para encubriros y dar

(Vase.)  
 (Ap.)

aliento nuevo á mis bríos.  
 REY. No nos conozcan, cubríos,  
 que importa disimular.  
 DON MENDO. Ricohombre soy, y de hoy más  
 grande es bien que por vos quede.  
 REY. Pues ya lo dije, no puede  
 volver mi palabra atrás.  
 Sale DOÑA BLANCA.  
 D.<sup>a</sup> BLANCA. Entrad, si queréis, señores,  
 merendar, que ya os espera  
 como en una primavera  
 la mesa llena de flores.  
 DON MENDO. ¿Y qué tenéis que nos dar?  
 D.<sup>a</sup> BLANCA. ¿Para qué saberlo quieren?  
 comerán lo que les dieren,  
 pues que no lo han de pagar,  
 ó quedaránse en ayunas;  
 mas nunca faltan, señores,  
 en casa de labradores  
 queso, arropo y aceitunas;  
 y blanco pan les prometo  
 que amasamos yo y Teresa,  
 que pan blanco y limpia mesa  
 abren las ganas á un muerto;  
 también hay de las tempranas  
 uvas de un majuelo mío,  
 y en blanca miel de rocío  
 berengenas toledanas;  
 perdices en escabeche,  
 y de jabalí, aunque fea,  
 una cabeza en jalea  
 porque toda se aproveche:  
 cocido en vino un jamón,  
 y un chorizo que provoque  
 á que con el vino aloque  
 hagan todos la razón;  
 dos ánades, y cecinas  
 cuantas los montes ofrecen,  
 cuyas hebras me parecen  
 deshojadas clavellinas,



que cuando vienen á estar  
cada una de por sí,  
como seda carmesí  
se pueden al torno hilar.

REY.

Vamos, Blanca.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Hidalgos, ea,  
merienden, y buena pro.

*(Vanse el rey y los dos cazadores.)*

DON MENDO.

Labradora, ¿quién te vió  
que amante no te desea?

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Venid y callad, señor.

DON MENDO.

Cuanto previenes, trocara  
á un plato que sazónara  
en tu voluntad amor.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Pues decidme, cortesano,  
el que trae la banda roja,  
¿qué en mi casa se os antoja  
para guisarle?

DON MENDO.

Tu mano.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Una mano de almodrote  
de vaca os sabrá más bien:  
guarde Dios mi mano, amén,  
no se os antoje gigote:  
que harán si la tienen gana,  
y no hay quien los replique,  
que se pique, y se repique  
la mano de una villana,  
para que un señor la coma.

DON MENDO.

La voluntad la sazone  
para mis labios.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Perdone,  
bién está San Pedro en Roma;  
y si no lo habéis sabido,  
sabed, señor, en mi trato,  
que sólo sirve ese plato  
al gusto de mi marido;  
y me lo paga muy bien,  
sin lisonjas ni rodeos.

DON MENDO.

Yo con mi estado, y deseos  
te lo pagaré también.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

En mejor mercadería  
gastad los intentos vanos,  
que no comprarán Gitanos  
á la mujer de García,  
que es muy ruda y montaraz.

DON MENDO.

Y bella como una flor.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

¿Que de dónde soy, señor?  
para serviros, de Orgaz.

DON MENDO.

Que eres del cielo sospecho,  
y en el rigor, de la sierra.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

¿Son bobas las de mi tierra?  
merendad, y buen provecho.

DON MENDO.

¿No me entiendes, Blanca mía?

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Bien entiendo vuestra trova,  
que no es del todo boba  
la de Orgaz, por vida mía.

DON MENDO.

Pues por tus ojos amados,  
que has de oirme, la de Orgaz.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Tengamos la fiesta en paz:  
entrad ya, que están sentados,  
y tened más cortesía.

DON MENDO.

Tú menos riguridad.

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Si no queréis, aguardad:  
¡Ah, marido: hola, García!

*Sale DON GARCÍA.*

DON GARCÍA.

¿Qué queréis, ojos divinos?

D.<sup>a</sup> BLANCA.

Haced al señor entrar,  
que no quiere hasta acabar  
un cuento de Calainos.

DON GARCÍA.

*(Ap. Si el cuento fuera de amor  
del Rey, que Blanca me dice,  
para ser siempre infelice?  
Mas si viene á darme honor  
Alfonso, no puede ser:  
cuando no de mi linaje,  
se me ha pegado del traje  
la malicia y proceder:  
sin duda no quiere entrar  
por no estar con sus criados  
en una mesa sentados;*



Quiéroselo replicar  
de manera que no entienda  
que le conozco.) Señor,  
entrad, y haréisme favor,  
y alcanzad de la merienda  
un bocado, que os le dan  
con voluntad, y sin paga,  
y mejor provecho os haga  
que no el bocado de Adán.

*Sale BRAS, y saca algo de comer, y un jarro cubierto.*

BRAS. Un caballero me envía  
á decir como os espera.  
DON MENDO. ¿Cómo, Blanca, eres tan fiera? (Vase.)  
D.<sup>a</sup> BLANCA. Así me quiere García.  
DON GARCÍA. ¿Es el cuento?  
D.<sup>a</sup> BLANCA. Proceder

en él quiere pertinaz;  
mas déjala á la de Orgaz,  
que ella sabrá responder. (Vase.)  
BRAS. Todos están en la mesa,  
quiero á solas, y sentado  
mamarme lo que he arrugado  
sin que me viese Teresa.  
¡Qué bien que se satisface  
un hombre sin compañía!  
Bebed, Bras, por vida mía.

UNO (Dentro.) Bebed vos.

OTRO (Dentro.) ¿Yo? que me place.

REY. Caballeros, ya declina  
el sol al mar Oceano. (Salen todos.)

DON GARCÍA. Comed más, que aún es temprano:  
ensanchad bien la petrina.

REY. Quieren estos caballeros  
un ave en tierra rasa  
volarla.

DON GARCÍA. Pues á mi casa  
os volved.

REY. Obedeceros  
no es posible.

DON GARCÍA. Cama blanda

ofrezco á todos, señores,  
y con almohadas de flores,  
sábanas nuevas de Holanda.

REY. Vuestro gusto fuera ley,  
García, mas no podemos,  
que desde mañana hacemos  
los cuatro semana al Rey,  
y es fuerza estar en palacio;  
Blanca, adiós; adiós, García.

DON GARCÍA. El cielo os guarde.

REY. Otro día  
hablaremos más despacio. (Vase.)

DON MENDO. Labradora, hermosa mía,  
tén de mi dolor memoria.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Caballero, aquesa historia  
se ha de tratar con García.

DON GARCÍA. ¿Qué decís?

DON MENDO. Que dé á los dos  
el cielo vida, y contento.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Adiós, señor, el del cuento.

DON MENDO. Muerto voy, adiós.

DON GARCÍA. Adiós.

Y tú, bella como el cielo,  
ven al jardín, que convida  
con dulce paz á mi vida,  
sin consumirla el anhelo  
del pretendiente, que aguarda  
el mal seguro favor,  
la sequedad del señor,  
ni la provisión que tarda,  
ni la esperanza que yerra,  
ni la ambición arrogante  
del que armado de diamante  
busca al contrario en la guerra,  
ni por los mares el Norte;  
que envidia pudiera dar  
á cuantos del Castañar  
van esta tarde á la Corte;  
mas por tus divinos ojos,  
adorada Blanca mía,